

Una inmensa muchedumbre asistió á los funerales de la mujer cuyo talento fué una gloria nacional. Por la noche no hubo función en el Teatro Francés, donde había obtenido tantos triunfos. Pero al poco tiempo nadie pensó ya en la actriz trágica; otros puñales, muy distintos del de Melpómene, llamaron la atención, y el público asistió en la calle, enfrente de un teatro, á una tragedia más terrible que las de Racine y Corneille.

Orsini, *dilettante* del crimen, preparaba el atentado con la calma y los modales de un cumplido caballero. Paseaba á caballo por el bosque de Boulogne, buscando ocasiones de ver al emperador, siguiéndole á todas partes y diciendo de él: «No tiene miedo.» Conforme lo hará notar el fiscal imperial en su informe, esta frase no era un sentimiento ni un remordimiento, sino una esperanza. Orsini decía para sí: «No desconfía; me pertenece, estoy seguro de llegar hasta él.»

XVIII

EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO

En el teatro de la Opera no se dan funciones los jueves, mas por excepción hubo una el jueves 14 de enero de 1858. Celebróse esta función extraordinaria á beneficio del barítono Massol, que se retiraba de la escena.

Sábese que el emperador y la emperatriz deben asistir á la función, que será muy brillante. Hace un tiempo magnífico. La multitud invade los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier.

Son las ocho. Orsini, Pieri, de Rudio y Gómez salen juntos de casa de Orsini: los cuatro criminales se han distribuído los papeles. Gómez y de Rudio han recibido las dos bombas más grandes; Orsini se ha quedado con dos más pequeñas. Pieri ha cogido la quinta, de tamaño parecido á las de Orsini. Se convino en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudio la segunda, Orsini la tercera y Pieri la última. Los conjurados han decidido que al llegar á la calle Le Peletier se situarían en la acera, enfrente de la entrada principal del peristilo, entre las casas y los curiosos, á la altura del número 21.

Dejemos la palabra al mismo Orsini: «Por el camino he observado que Pieri se quedaba atrás y aun he indicado á Rudio que me parecía que aquel hombre quería escurrir el bulto. Al llegar á la calle Le Peletier, pasó delante de nosotros. Nos paramos dos minutos en la esquina de la calle y del bulevar. Apenas entramos en la calle Le Peletier, he encontrado á Pieri que volvía hacia nosotros, en compañía de un individuo á quien yo no conocía. Me ha guiñado el ojo al pasar junto á mí, pero no he comprendido que quería decirme que lo habían aprehendido.»

En efecto, Pieri acaba de ser detenido en la calle Le Peletier, junto á la de Rossini, por el oficial de policía Hebert, que tenía su filiación. Se le lleva al cuartelillo, donde se le registra y se le encuentra encima una bomba fulminante y un revólver de cinco tiros cargado.

Todavía no han llegado los emperadores. El duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, que debe asistir á la función en el palco imperial, aguarda á SS. MM. al pie de la escalera hablando con el general Fleury. Aquel día el duque había paseado en carruaje con Napoleón III, y al pasar por el Puente Nuevo, por delante de la estatua de Enrique IV, el emperador, pensando en las tentativas que amenazaban su vida, decía al príncipe alemán: «Sólo temo un

puñal como el de Ravailiac. En todos los demás casos el criminal confía siempre en escapar apelando á la fuga, y esta idea paraliza sus fuerzas.» El general Fleury, hablando con el duque al pie de la escalera de la Ópera, encomia la nueva organización del servicio de vigilancia y agrega que no es de temer que se repitan complots tales como el del Hipódromo ó el de la Ópera cómica.

Son las ocho y media. La comitiva imperial desemboca en la calle Le Peletier: delante va un coche con los oficiales del cuarto militar; sigue la escolta formada por una sección de lanceros de la guardia, y después la carretela ocupada por los emperadores y por el general Rouguet, ayudante de campo. Al llegar cerca de la entrada principal del teatro, el carruaje acorta su marcha para meterse por el paso reservado, en el extremo del peristilo. En aquel momento estallan tres explosiones con algunos segundos de intervalo: la primera delante del coche imperial y en la última fila de la escolta de lanceros; la segunda más cerca del carruaje y un poco á la izquierda; la tercera debajo del mismo coche. Gómez es el que acaba de arrojar la primera bomba: en seguida Orsini dice á Rudio: «¡Tira la tuya!» Rudio obedece y en seguida se refugia en una taberna desde la cual oye la tercera explosión, que procede de una de las dos bombas de Orsini. Al estallar la primera, se apagan por efecto de la conmoción las numerosas luces de gas que iluminan la fachada del teatro, y se hacen añicos todos los cristales del peristilo y de las casas vecinas. La gran marquesina que hay á la entrada queda perforada en muchos sitios á pesar de su solidez. El carruaje imperial resulta literalmente acribillado por setenta y seis proyectiles. Uno de los caballos muere en el acto y el otro queda gravemente herido. También lo están el cochero y los tres lacayos. Muchos cascos de bomba penetran en el carruaje, y el general Rouguet recibe debajo de la oreja una fuerte contusión que le ocasiona una copiosa hemorragia. Un proyectil atraviesa el sombrero del emperador: el vestido de la emperatriz resulta manchado de sangre. Salen heridas ó muertas del lance 156 personas, de ellas 21 mujeres, 11 niños, 13 lanceros, 11 guardias de París y 31 agentes ó empleados de la prefectura de policía. Es una confusión general, un tumulto indescriptible, una escena de espanto y de horrores. El emperador y la emperatriz no se han apeado del carruaje hasta después de la última explosión: conservando toda su sangre fría, sólo se preocupan del auxilio que debe darse á las víctimas; luego entran en el palco en el momento en que se canta un fragmento del segundo acto de *Guillermo Tell*, siendo acogidos con una inmensa aclamación. Se inclinan para saludar al público, y tan luego como se sientan en su palco de proscenio, á la izquierda de los espectadores, continúa la representación.

Después de las piezas de *Guillermo Tell* se representa el primer acto de *María Estuardo*. He tenido el honor de hablar estos días (octubre de 1897) con Mme. Ristori, y refiriéndome la función del 14 de enero de 1858, me ha dicho: «Cuando llegué á la escena en que María Estuardo, dirigiéndose á Mortimer, exclama: ¡*Il braccio del sicario!* ¡*È questo il solo, el mio vero terrore!* «¡Mi

único, mi verdadero terror es el brazo del sicario!» el emperador, sereno, impasible, sentado junto á la emperatriz, fijó en mí una mirada que no olvidaré nunca.» El omnipotente soberano, dueño de Francia, adulado por Europa, conocía que no tenía más que un terror: los asesinos. El mismo, mirando de hito en hito á la trágica, tenía algo de trágico.

La función, que debía terminar con el *Baile de máscaras de Gustavo* — Gustavo III, el rey de Suecia asesinado en la platea de un teatro, — proseguía sin que se hubiera cambiado nada en el programa. SS. MM. la vieron hasta el fin.

En tiempo del segundo imperio, el mes de enero era uno de los más animados en la alta sociedad. El 14 había en los barrios elegantes una porción de banquetes, recepciones y bailes. El príncipe Napoleón daba en el Palacio Real una fiesta, á la que, siguiendo su costumbre, había convidado á todas las personas de alguna intimidad, sin distinción de partidos ó de opiniones. Se debía representar un proverbio de Alfredo de Vigny, *Miedo y no más*, por una gran artista, Mme. Arnould-Plessy, y dos aficionados, M. de Valabrègue, intendente del palacio, y M. Ferri-Pisani, ayudante de campo del príncipe Napoleón. Además, el tenor Duprez, que hacía mucho tiempo no se presentaba al público, debía cantar canciones de Beranger: el *Viejo sargento* y el *Dios de los buenos*. Uno de los convidados, M. Alfredo Darimón, reseña así esta velada: «Al entrar en los salones, noté en seguida que ocurría algo inusitado: todos los rostros estaban trastornados. El ujier encargado de anunciar á los que llegaban pronunció mi nombre tartamudeando. Agrupadas á la puerta y como si tuvieran la intención de escabullirse, encontré cierto número de personas pertenecientes á lo que se llamaba entonces la opinión liberal.»

Como M. Darimón buscara con la vista al príncipe para saludarle, se le acercó un ayudante de campo y le dijo que S. A. I. había tenido que salir precipitadamente para ir al teatro de la Ópera con objeto de reunirse al emperador que acababa de salir ileso de la explosión de muchas bombas. M. Darimón añade que en los salones se prorrumpía en diatribas contra los hombres de oposición y que ciertas personas se permitían insinuaciones casi inconvenientes. «Querido Ducoux, dijo entonces al antiguo prefecto de policía de 1848, nos tienen aquí en cuarentena. Si no temiese ofender al príncipe, me habría ya retirado.» En aquel momento entró el príncipe Napoleón y anunció que las víctimas eran numerosas, pero que SS. MM. habían resultado ilesos, y que todo el público manifestaba su indignación por el atentado.

Un cuarto de hora después empezó la representación del proverbio *Miedo y nada más*, pero aunque fué admirablemente desempeñado, no se le prestó atención. Duprez cantó en seguida las canciones de Beranger; pero cuando entonó la última estrofa los asientos estaban casi vacíos. Muchos convidados se habían ido á la Ópera para aclamar á SS. MM. á su salida del teatro: otros corrieron á las Tullerías para saludarles á su entrada.

A media noche, el emperador y la emperatriz salían de la Ópera. Muchas

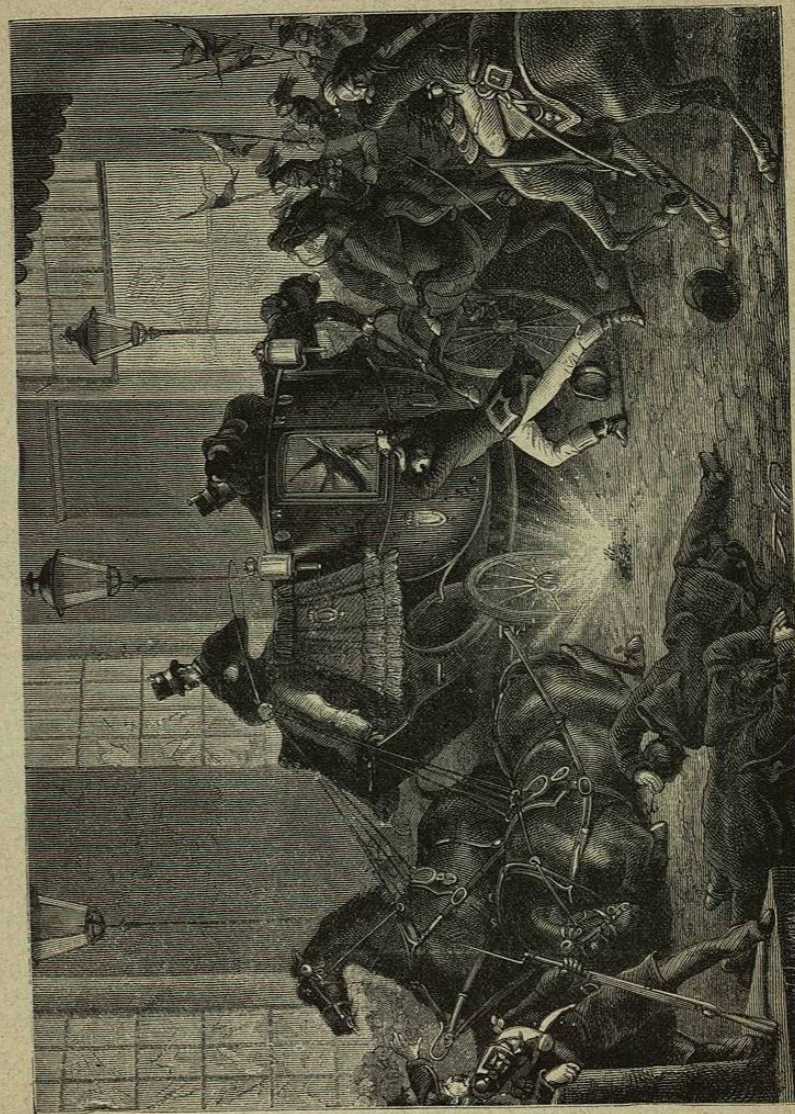
casas del bulevar habían sido espontáneamente iluminadas. Una muchedumbre considerable aclamó á su paso á SS. MM., que encontraron en las Tullerías, entre las personas acudidas para felicitarles por haberse librado milagrosamente de la muerte, al embajador de Inglaterra, al presidente del Senado, á los individuos del cuerpo diplomático y á muchos senadores y diputados. El emperador conservaba su calma imperturbable, pero en su rostro se veía la huella de una tristeza profunda.

Veamos ahora lo que había sido de los asesinos. Inmediatamente después del atentado, la policía procedió á hacer las investigaciones más activas. Hemos dicho que antes de la explosión de las bombas había detenido á Pieri. ¿Cómo logró coger á Gómez, Rudio y Orsini?

Se registraron todas las casas de la calle Le Peletier situadas enfrente del teatro de la Opera. Una de ellas es el restaurant Broggi. Los agentes repararon en él á un joven, que parecía extranjero, que lloraba y parecía muy turbado. Se le preguntó su nombre y su domicilio, y contestó que se llamaba Swiney y que hacía un mes que estaba al servicio de un inglés, M. Allsop, que vivía en la calle del Monte Tabor, número 10. Al poco rato, se descubrió debajo de un estante, en dicho restaurant, un revólver de cinco tiros, cargado, que había dejado allí el supuesto Swiney, quien no era otro sino Gómez y así acabó por confesarlo. Si no hubiera perdido la cabeza, no habría indicado las señas de Orsini, y á la policía le hubiera costado mucho trabajo apoderarse del jefe de la conspiración.

Orsini, después de arrojar su primera bomba, resultó herido, lo cual le impidió lanzar la segunda, y las personas que estaban cerca de él creían que era una víctima y no un asesino. Fué á curarse de primera intención á la farmacia Vantherin, situada en la calle de Laffitte, número 34, entre las de Rossini y de Provenza. Cuando salió de ella, un hombre compasivo llamado Decailly le dió el brazo y lo acompañó á la parada de coches que había en la esquina de las calles de Provenza y de Laffitte, y desde allí fué en un carruaje á su domicilio de la calle del Monte Tabor. Creíase en seguridad y acababa de acostarse cuando vió entrar á la policía. Al pronto dijo que se llamaba Allsop, que era de nacionalidad inglesa y que se dedicaba al comercio de cerveza; pero comprendiendo en breve que la indicación dada por Gómez le había perdido, confesó que era Félix Orsini, de treinta y nueve años de edad y nacido en Moldola, en los Estados romanos.

Cuanto á Rudio, hemos dicho que después de lanzar su bomba se metió en una taberna. El tumulto le permitió escapar, y se marchó tranquilamente á la calle de Montmartre, número 132, al hotel de Francia y de Champaña, donde paraba. Desgraciadamente para él, Pieri había dado su dirección como Gómez dió la de Orsini. Los dos asesinos, tan azorado el uno como el otro, proporcionaron indicaciones que la policía no habría podido arrancarles. En el momento de su arresto Pieri dijo que vivía con otro individuo en el hotel de Francia y de



Explosión de las bombas Orsini en la calle Le Peletier

Champaña de la calle de Montmartre. Los agentes se apresuraron á ir á aquel hotel y en un cuarto con dos camas encontraron á un joven que al principio dijo llamarse Da Silva, y acabó por confesar que era Carlos de Rudío, de veinticinco años de edad, natural de Bellune, Venecia.

Así pues, en el espacio de cuatro horas solamente y gracias á una suerte extraordinaria y á las indicaciones dadas por los mismos culpables, la policía pudo echar mano á los cuatro autores del atentado.

M. Chaix-d'Est-Ange dirá en su requisitoria: «El escudo que protege al emperador y á la emperatriz es visible para todo el mundo. Si Orsini no hubiera resultado herido, habría arrojado la cuarta bomba, y si Pieri, que era el que estaba más inmediato á la comitiva, no hubiera sido detenido muy pocos minutos antes de la llegada de ésta, ¿quién puede decir la desgracia que hubiéramos tenido que deplorar? Sí, ha sido menester que, por un milagro, Pieri fuera conocido por el único hombre que tal vez hubiese conservado su recuerdo, y que, por otro milagro, Orsini, después de tirar su primera bomba, quedase herido, si no peligrosamente, por lo menos lo bastante para resultar señalado en la frente, para ser cegado por un velo sangriento que la Providencia ha echado sobre sus ojos á fin de impedir el mayor de los crímenes.»

Hoy ¿no cabe suponer que, desde el punto de vista de los intereses de su dinastía, hubiese sido preferible que Napoleón III muriera en un momento en que su reinado sólo había tenido brillantes resultados? ¡Ah! La vida humana, á pesar de ser tan corta, ha sido á veces demasiado larga aun para los hombres cuya existencia parecía más necesaria á su país. Si Luis XVI hubiera muerto en 1783, después de la firma del glorioso tratado de Versalles que sancionaba la independencia de los Estados Unidos; Napoleón I en 1811, cuando el nacimiento de un hijo colmaba todos sus deseos; Carlos X en 1830, á seguida de la toma de Argel, brillante triunfo para sus armas; Luis Felipe en 1846, después del gran éxito de los casamientos españoles, y Napoleón III en 1858, asesinado como César en el apogeo de su fortuna; si la Providencia hubiera hecho morir á tiempo á estos soberanos, les habría ahorrado las catástrofes que los perdieron á ellos y á sus dinastías. Pero al día siguiente del atentado de Orsini, nadie hacía semejantes reflexiones y en todas partes se daban gracias á Dios por haber salvado la vida del emperador.

XIX

DESPUÉS DEL ATENTADO

Viernes 15 de enero de 1858. — El emperador y la emperatriz salen en carretela descubierta y recorren sin escolta los bulevares, en los que se les aclama calurosamente. En seguida van al hospital del Gros-Caillou á visitar á los heridos que la víspera formaban parte de su escolta.

16 de enero. — Reciben en las Tullerías á los individuos del cuerpo diplomático, del Senado, del Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado y del Ayuntamiento. M. Troplong, presidente del Senado, se expresa en estos términos: «El espíritu revolucionario, expulsado de Europa, ha escogido su domicilio fuera de ella y se ha hecho cosmopolita. Desde esas ciudadelas exteriores, levantadas contra Europa, en medio de la Europa misma, han sido enviados fanáticos sicarios encargados de lanzar el fuego y el hierro sobre el príncipe que sostiene en su brazo poderoso el escudo del orden europeo; conspiradores odiosos cuya política consiste en el asesinato y que atacan hasta á las débiles mujeres, sin saber que entre ellas hay algunas cuyo corazón se ha elevado hasta el heroísmo. Mas, puesto que esos implacables revolucionarios ejercen de mancomún sus furores de destrucción, ¿por qué no se han de prestar los gobiernos y los pueblos, en su legítima defensa, el socorro de un apoyo solidario? El derecho de gentes lo autoriza; la equidad y el interés común lo imponen como un deber.»

El célebre jurisconsulto, presidente del Senado, termina así su discurso con tono lírico: «Sí, señor; Dios, del cual ha dicho el Profeta: — ¡Apartaos de mí, gentes sanguinarias! — no permitirá que el crimen venga á interrumpir antes de tiempo la misión de restauración y de progreso que os ha encargado. ¡Viva el emperador!»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, toma en seguida la palabra: en su alocución se nota sobre todo el pasaje siguiente: «No podemos ocultároslo, señor: los pueblos que acabamos de visitar recientemente se preocupan de los efectos de vuestra clemencia que se mide en demasía por la bondad de vuestro corazón; y cuando ven que se preparan en el exterior tan abominables atentados, se preguntan por qué los gobiernos vecinos y amigos son impotentes para destruir esos laboratorios de asesinatos y cómo pueden aplicarse las santas leyes de la hospitalidad á bestias feroces.»

El emperador, al dar las gracias á las grandes corporaciones del Estado, ma-